



Francisco de Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Berlín, Peter Lang, 2021, ISBN 978-3-631-82924-0

El volumen que reseñamos incluye la edición crítica de *La vida del Buscón*, preparada por Alfredo Rodríguez López-Vázquez. El trabajo se estructura en dos partes: introducción y texto fijado (con anotación filológica). A su vez, el estudio introductorio se escinde en seis apartados:

1. Los avatares de Quevedo: su vida, su obra y su leyenda
2. Pablos, su familia y el entorno segoviano
3. Pablos en la escuela segoviana
4. *El estema*, sus pompas y sus glorias; Manuscritos del XVI^[1]
5. Ediciones impresas en la primera mitad del siglo XVII.

El editor comienza por ofrecernos, como abre boca, una sucinta semblanza de la primera etapa vital de Quevedo, llamando la atención sobre algunos puntos sustanciales, entre los que destaca la posesión de títulos nobiliarios (Señor de la Torre de Juan Abad), la formación con los jesuitas en Ocaña y en Alcalá de Henares, la idiosincrasia postridentina y un exacerbado dominio de la cultura clásica grecolatina. En cuanto a este último aspecto, Rodríguez López-Vázquez subraya el especial influjo de dos primeros espadas de la sátira antigua: Luciano de Samósata y Marcial. A todo ello se agregan la juventud y el carácter malquistado de Quevedo. La suma componencial de los elementos precedentes da como resultado una primera obra ingeniosísima plagada de erudición y malicia, en la que, asimismo, se maridan los extremos opuestos de las variedades diastráticas de la lengua castellana de la época.

Una vez revisadas las pinceladas bio-bibliográficas esenciales, Rodríguez López-Vázquez entra de lleno en los grandes problemas ecdóticos de la compleja transmisión textual del *Buscón*. En el inicio del primer apartado, el editor aventura una hipótesis sobre las fases de redacción de la pieza, supeditadas —según su criterio— a los vaivenes de la corte entre Valladolid y Madrid. Propone dos estadios de composición: 1604-1606 y

1.– En el apartado leemos «Manuscritos del XVI». Debe ser una errata porque Quevedo comienza a redactar *La vida del Buscón* en los primeros años del siglo XVII, lo que imposibilita la existencia de testimonios del Quinientos.

1608-1610. Lo que sucede en Segovia se escribiría en el segundo semestre de 1604, si bien el editor no considera posible una redacción de los episodios alcalaínos en ese punto, dado que la corte se traslada a Madrid en los primeros meses de 1605, poco después de la publicación de la primera parte del *Guzmán*, aparecida en diciembre de 1604. Aclara Rodríguez López-Vázquez que la novela de Mateo Alemán debió influir no antes de 1605. Los episodios entre Segovia y Madrid apuntarían a una época más tardía, fechable entre 1608 y 1610. Asimismo, un escrutinio de los usos lingüísticos permitiría hablar de una revisión final antes de la copia del manuscrito B, en el periodo 1620-1623. En síntesis, todo parece indicar que la primera versión completa del *Buscón* es fruto de un joven Quevedo que ronda los veinticinco años.

Después el editor da cuenta, partiendo de Jauralde Pou, de la tradición textual: edición E (la zaragozana de Pedro Vergés de 1626), Z (otra edición tal vez de Zaragoza de 1626), Z2 (una tercera edición zaragozana o sevillana de 1628), B (manuscrito 15513 de la Biblioteca Lázaro Galdiano), S (manuscrito M-303 bis de la Biblioteca Menéndez Pelayo) C (manuscrito E-40-6768 de la RAE) y Ee (edición de Madrid de 1648). Rodríguez López-Vázquez sintetiza el panorama del siguiente modo: B es el manuscrito fuente frente a Z, del que desciende la transmisión zaragozana-sevillana. Deja las descripciones S y C para los manuscritos tardíos de la BMP y de la RAE.

El editor coteja las variantes de unos pasajes determinados: el relativo al linaje de Pablos, el que recoge la expresión latina *de pane lucrando*, el que alude al «porquero», el del conde de Yrlos y el que incluye la lección «ciertos los llaman, y por mal nombre, fulleros». El estudio textual esclarece, por un lado, que el texto transmitido por B es el más cercano al original quevedesco, por otro, revela dos líneas diferentes en la primera fase de transmisión (1625-1630), que presentan deturpaciones de interpoladores, algo que, como honestamente señala Rodríguez López-Vázquez, ya había detectado Jauralde Pou.

En el capítulo dedicado al examen de las interpolaciones alcalaínas, el editor pone el foco en el pasaje espurio del «Pío, pío», que transmite Z. Esta gracia que hace Pablos al ama no solo no encaja en el pasaje —a pesar de la originalidad—, sino que tampoco se adecúa al perfil estilístico quevediano, al que no se pueden adscribir otras expresiones del mismo fragmento: «familiarcitos», «grandecitos», «a riesgo», «no me perdone Dios», «paparse», etc. Al comienzo del episodio hay otro aderezo de mano ajena, pues leemos un párrafo con construcciones inusuales del escritor, como «grande cosecha», «sobradas narices» y «oler tocino», no aparecidas en las obras de Quevedo registradas en el banco de datos del CORDE, que es el que utiliza Rodríguez López-Vázquez para escrutar, primero, y verificar, después.

En el episodio del licenciado Cabra un uso específico del autor delata la lección correcta, transmitida por B. Se trata de «la gentecilla que se repapile». El verbo «repapilar» hace acto de presencia en *Cuento de cuentos*, y la forma diminutiva «gentecilla» la vemos en obras de Quevedo cercanas a 1620. El conjunto de textos que descienden de Z, omiten una línea con un estilema del autor: «refitorio», recurrente en la obra de Quevedo. El editor indica que el vocablo está, por ejemplo, en el *Sueño de la Muerte* (1610). Algo similar sucede en otras dos líneas omitidas por esta rama, en las que leemos voces como «bonetón», «teatino» y «lanudo», especialmente recurrentes en la producción quevediana. Rodríguez López-Vázquez da fin a esta sección con la evaluación de la lectura «pelo bermejo», una intrusión textual exógena que no se corresponde con el *usus scribendi* del madrileño.

En lo que respecta al entorno de Pablos, una de las discrepancias más importantes se da en la ascendencia de la madre, que procedía de «la gloria» (B), del «triumvirato romano» (Z) y de la «letanía» (BMP y RAE). De la misma manera, las dos familias divergentes del texto Bueno no traen «los (tres) enemigos del alma», aun cuando Quevedo utiliza la construcción hasta cuatros veces en el lapso 1604-1610. El texto que relata la penitencia del padre muestra grandes diferencias entre B y Z, pero es la familia zaragozana la que injerta una interpolación. En el primer texto hay secuencias que se repiten en el corpus quevediano: «el rigor de justicia», «de medio abajo», «a la brida» o «pareció muy bien». En cambio, las fórmulas del segundo se alejan de una forma meridianamente clara del uso particular de la lengua de Quevedo. Del mismo modo, Z es responsable de la intensificación del tono de bruja de la madre, lo cual se logra con un pasaje incrustado que emula el estilo de Quevedo, a partir de expresiones como «con la barba sobre el hombro», «memoria de la muerte», «voluntades de la vida», «sogas de ahorcado» o «mínimos indicios». Sin embargo, Quevedo no recurre nunca a tales construcciones, cuya entrada en escena podría verse motivada por una lectura reciente de *Cuento de cuentos*, texto que acompaña al *Buscón* en la edición de Vergés. El editor señala que conviene detenerse en «con la barba sobre el hombro», dado que es una lección de Z que no aparece en los dos textos con los que tiene filiación, ni en B. Rodríguez López-Vázquez explica que debe tratarse de una corrección privativa de la edición de Zaragoza en la que, bien Duport, o bien Vergés, suprimieron, aditaron y modificaron. Tal y como aduce Rodríguez López-Vázquez, la aparición de dicha frase dio lugar a la amputación de la explicación «Estas tengo por reliquias, porque los más de ellos se salvan». El editor analiza luego los injertos «nunca haya llegado el día de nuestro santo» y «un rosario de muelas de difuntos», que califica como secuencias imitadoras (de carácter «goyesco» y «tremendista») del idiolecto de Quevedo. El especialista esgrime que el texto de Zaragoza ha sido creado a partir de fragmentos de *Cuento de cuentos*, anejo al *Buscón*.

En la sección que lleva por título «Pablos en la escuela segoviana», Rodríguez López-Vázquez apuntala las tesis de los periodos de composición del *Buscón* mediante métodos estadísticos de especial interés, no sin antes haber glosado algunas de las variantes más significativas de la tradición textual. El pasaje de mayor enjundia sea quizás el de la descripción del caballo sobre el que Pablos va montado como rey de Gallos. Una vez más, B trae la versión de mayor impronta quevediana, en tanto que la edición zaragozana trata de emular el estilo del autor.

Resueltos los fenómenos de la *imitatio*, el investigador revisita el problema de los lapsos de la redacción —que había abordado en los compases iniciales de la introducción—, pero ahora lo hace desde una novedosa perspectiva, que estriba en cuantificar las proporciones de uso de las conjunciones adversativas «mas/pero». La metodología había sido empleada por el erudito en una ristra importante de investigaciones anteriores relativas a los problemas de atribución y/o determinación de autoría de obras egregias: *Lazarillo de Tormes*, *Burlador de Sevilla*, *Estrella de Sevilla*, *Viaje de Turquía de Pedro de Urdemalas*, *Crotalón*, *Quijote apócrifo*, etc.

Rodríguez López-Vázquez aplica el criterio objetivo al texto del *Buscón*, expurgado de las variantes de la transmisión textual. En la primera parte del libro, hay distancias importantes en la frecuencia de uso. En los episodios segovianos tenemos siete apariciones

de «mas» frente a dos de «pero». En los capítulos alcaláinos la proporción se invierte, puesto que tenemos dieciséis usos de «pero» frente a uno de «mas». Las cifras concuerdan con los seis capítulos de la segunda parte, donde se usa diecinueve veces «pero» y una sola vez «mas». En la tercera disminuye la proporción de modo considerable, con dieciocho usos de «pero» frente a ocho de «mas». A tenor de las evidencias cuantitativas, Rodríguez López-Vázquez conjetura una temprana redacción (1604-1605) de los tres episodios segovianos de la primera parte y de los diez de la tercera, mientras que los capítulos 4-7 de la primera parte y los seis de la segunda, habrían sido escritos en el periodo 1609-1610. Con todo, hay una incongruencia narrativa, y es la reaparición de Diego Coronel en el capítulo séptimo de la tercera parte con una actitud (maliciosa) radicalmente opuesta a la del primer capítulo, algo que invita a reconsiderar las hipótesis sobre una última redacción en el lapso 1620-1623.

El editor afianza la validez de su método con el escrutinio de los pares conjuntivos en la obra en prosa de Lope, Cervantes, Góngora y Mateo Alemán. A mi juicio, los resultados no dejan lugar a dudas, pues se puede comprobar fácilmente que los usos de «mas/pero» varían porcentualmente según la diacronía, lo cual refuerzan, aún más, las frecuencias de uso en dos ejemplos límite: *Transformaciones de Pitágoras* (1532) e *Historia de los peregrinos*. En la primera, tenemos cuarenta usos de «mas» y ninguno de «pero». La segunda representa el caso contrario, pues el autor utilizó treinta y ocho veces «pero» y ninguna vez «mas». Lo mismo sucede en el microsistema «mas/pero/empero», ya que en la obra de Quevedo, por ejemplo, la asiduidad de la última de las formas se dispara desde 1625 (*Execración contra los judíos, La hora de todos y la fortuna con seso, Los cuatro fantasmas de la vida, Política de Dios y gobierno de Cristo, Epicteto y Focílides, y Virtud Militante*), en contraste con la época de los *Sueños*.

En definitiva, la mensuración de los elementos lingüísticos se alinea con la hipótesis básica de Jauralde Pou, para el que solo existía un único manuscrito (B), y quien achacaba las variantes de la transmisión a la mano de los copistas. Rodríguez López-Vázquez añade, no obstante, dos nuevas hipótesis; una sobre el capítulo sexto de la tercera parte, y otra sobre el conjunto de la primera parte. En lo que respecta al capítulo sexto, el editor localiza usos lingüísticos de Quevedo que permiten datar el episodio en torno a 1610, dado que «como culpa en poder de escribano», «espetar» o «ganzúas» aparecen en *El sueño del mundo por de dentro* (1610), en *Vida de la Corte* (anterior a 1611) y en tres de las *Premáticas* (todas ellas cercanas a 1610), respectivamente. En cuanto a la hipótesis «alternativa» de la primera parte, el editor contempla una revisión tardía del texto copiado en el manuscrito Bueno. Un desajuste en el cronotopo del episodio cuarto de la primera parte —sobre el que ya hablara Jauralde Pou— es lo que da la pista. Me refiero a ese punto del relato en el que Pablos se desplaza de Segovia a la venta de Viveros, que llevaría una jornada. Decía Jauralde Pou que Quevedo pensaba indudablemente en Madrid como lugar de partida. Rodríguez López-Vázquez apuesta entonces por una posible redacción tardía, lo cual concuerda con la aparición de las expresiones «desgañifarse», «luminaria» y «mujercilla». La primera entra en escena en *Cuento de cuentos*, en *La culta latiniparla* y en *La hora de todos y la fortuna con seso* (1626-1635), la segunda aparece en *Cómo ha de ser el privado* (1628) y la tercera en *Cuento de cuentos*.

El editor concluye este episodio del volumen con una glosa de la forma, de la función y del significado del *Buscón*. Rodríguez López-Vázquez suministra alguna de las claves indispensables de la obra, como la fuerte deuda que contrae el *Buscón* con *Lazarillo de Tormes* y con la primera parte de *Guzmán de Alfarache*, de los que hereda la narración homodiegética, preñada de una verosimilitud que potencian la geografía real, el tiempo cercano o el itinerario, es decir, unas coordenadas próximas al espacio-tiempo del lector. Asimismo, alega que la instancia narrativa de la novela bebe de los libros apuntados, y presenta ligazones con *Rinconete y Cortadillo*, novela ejemplar que se escribe en los mismos años del primer periodo de redacción del *Buscón*. Rodríguez López-Vázquez, aparte de comentar los nexos narratológicos entre la novela y sus referentes, anima al lector a desarrollar una investigación en la que se establezca un análisis comparativo entre el relato de Quevedo y el de la primera parte del *Quijote*.

La introducción concluye con una propuesta de *Stemma* y una doble noticia de los manuscritos y de las ediciones impresas de la primera mitad del siglo XVII. Los dos últimos puntos no están necesitados de comentario, basta con que el lector acuda por sí mismo a las páginas de la edición que aglutinan la información. Sin embargo, el *Stemma* sí merece una nota.

El diagrama vertical arbóreo, que en este volumen se describe mediante éfrasis, es el mismo que el que propone Jauralde Pou en su edición crítica. La novedad aparece en la disposición gráfica de las fases de composición, que Rodríguez López-Vázquez ilustra con una transmisión horizontal. El investigador postula tres estadios de omega: ω (hacia 1600-1605) > ω^2 > (hacia 1608-1609) > ω^3 (hacia 1620-1624) > Ω . Después el erudito explica que sigue criterios de edición eclécticos, con el objetivo rector de mantener equidistancia entre las transmisiones textuales primitivas y las necesidades del lector culto actual.

En cuanto a la anotación filológica, poco podemos añadir, pues el contenido es tan riguroso como el que se ofrece en la introducción, aunque no es óbice para matizar, precisar, complementar, etc. Por ejemplo, recomendaría modernizar todas las acepciones de los repertorios lexicográficos (*Tesoro*, *Diccionario de Autoridades*), así como dar referencias más exactas en los lugares paralelos de obras de Quevedo, incluyendo el número de la página de la edición que se maneja. En la nota 54, que alude a los nombres del santoral empleados por los conversos, podría citarse el añejo artículo de Glaser «Referencias antisemitas en la literatura peninsular de la Edad de Oro» (1954), una buena referencia para este tipo de casos. En la página 67, el editor repuntúa la oración «de manos; quien no hurta, en el mundo no vive». Señala en la nota 75 que diverge de la puntuación de Jauralde Pou y de Platas Tasende. El primero de los editores prescinde de coma, lo que da lugar a la proposición «de manos quien no hurta en el mundo no vive». Creo que es esta la mejor de las opciones, pues la ausencia de puntuación confiere un tono sentencioso acorde con la intención didáctica del padre de Pablos. En la nota 81 se hace referencia a las expresiones «chitón», «punto en boca» y «nonnes» aparecidas en el cuerpo del texto, que deberían relacionarse, aunque fuera con mucha cautela, con el *El chitón de las tarabillas*, de atribución problemática, como había señalado el editor en lugares anteriores del volumen. En la nota 84, que glosa el verbo «rapar», podría haberse señalado que Tirso de Molina incluyó bastantes episodios de hurtos en su poesía dramática (con el ánimo de condenar las políticas monetarias de los Austrias Menores, algo que hace en más de una decena de

comedias). Esta nota tiene una ligazón evidente con la 92, que da la explicación de los términos «navaja» y «ventosa», que remiten a los embustes de ciertos profesionales comúnmente satirizados en la literatura áurea. En el pasaje del caballo sobre el que va montado Pablos, Rodríguez López-Vázquez aduce en la nota 114 que el «cofre» es una metáfora de «como caballo». Creo que conviene examinar el sintagma al completo «cofre vivo», a mi juicio, una clara reminiscencia de un engaño archiconocido, que es el del caballo de Troya, colmado de combatientes. Un cofre engañoso de una tradición más próxima es el del segundo tratado del *Lazarillo de Tormes*, agujereado por el protagonista famélico. Bien podría referirse Quevedo a ambos lugares. Por otra parte, y en lo que respecta a una cuestión mucho más general, la edición podría haber incluido una nota explicativa al nombre de «Pablos», que es el que adopta el personaje principal de la comedia lopesca *El bobo del colegio* con el objetivo de entrar —bajo el atuendo de bufón— en la casa de la dama Fulgencia. Las fechas de la redacción que dan Morley y Bruerton para la composición de la pieza (1604-1610) permiten aventurar una huella de lectura. Ahora bien, ¿fue Quevedo quien leyó un manuscrito de la comedia de Lope, o fue el Fénix de los Ingenios quien tuvo entre sus manos un códice temprano del *Buscón*?

En verdad, el aparato de notas de la presente edición, y de cualquier otra, puede erigirse como el punto de partida de un debate crítico inagotable en el que el reseñista se ve tentado a dar infinitud de referencias literarias, pictóricas, sociológicas, antropológicas, judiciales, astrológicas, económicas, etc., que no suelen contribuir a mejorar el trabajo del autor del volumen, al menos en esta clase de formato. A mi juicio, las refutaciones a lecturas dudosas, las propuestas de nuevas fuentes o de estudio de relaciones interdisciplinarias inéditas (lugares comunes de las revisiones a ediciones críticas), deben emplazarse a trabajos exentos mayores, que aborden netamente una cuestión concreta, sin fatigar al lector de la reseña. Estas convicciones me obligan a poner punto y final a la glosa del aparato crítico.

Como corolario de todo lo hasta aquí visto, concluyo que el trabajo de Alfredo Rodríguez López-Vázquez es una contribución importante a las letras del Siglo de Oro, no solo por ofrecernos una nueva edición crítica de un texto de la altura del *Buscón* y de la talla de Quevedo, sino también por el desempeño científico con el que se aborda la materia. Nunca antes los problemas ecdóticos de la novela picaresca de Quevedo habían sido examinados a la luz de la estadística, con el escrutinio de partículas mínimas de la lengua a las que el usuario acude de forma inconsciente, sin premeditar la selección. Es esta, sin lugar a dudas, una de las formas más fiables para fechar periodos estilísticos, atribuir obras anónimas, determinar la autoría de piezas disputadas, reatribuir comedias o novelas falsamente —o erróneamente— atribuidas, etc. Rodríguez López-Vázquez extrapola así la mecánica de las Ciencias Sociales al campo de las Humanidades, y de ello obtiene resultados —tanto en este como en otros trabajos— que siempre parten de elementos objetivos y cuantificables. En este sentido, no cabe otra opción que alabar el modo de proceder del especialista y seguir el enfoque remozado que ofrece a la comunidad filológica.

Jorge Ferreira Barrocal
Universidad de Valladolid